

más que angélicos divinos;  
 su origen está en el cielo  
 en el corazón de Dios,  
 y sus alcances benéficos  
 se extienden como la vida  
 en el espacio y el tiempo,  
 abordando lo infinito  
 y radicando en lo eterno!

## IX

Si el sacerdocio abrillanta  
 con prismáticos destellos  
 la fecha en que lo recibe  
 algún hijo predilecto,  
 hay otra fecha tan grande  
 como es grandioso el suceso  
 que despierta en la memoria  
 con vivísimo recuerdo.

Recuerdo que evoca el día  
 en que un sacerdote nuevo  
 cantó su primera misa  
 y presentó al Dios Supremo  
 la víctima del calvario  
 en el sacrificio incruento.

Como el cielo de los valles  
 en una noche de invierno,  
 en los cristales del lago

reproduce sus luceros,  
 así la misa primera  
 con su cielo de portentos  
 se reproduce en su fecha  
 como en luminoso espejo.

Y tiene en plazo remoto  
 de diez lustros nada menos,  
 cuando ya el misacantano  
 ha llegado á ser tan viejo  
 que está próximo al sepulcro,  
 el excepcional derecho  
 de segunda cantamisa,  
 que en lenguaje más correcto  
 nuestros abuelos nombraron  
 Sacerdotal Jubileo.

¡Qué sorpresa! En esta cima  
 tan encumbrada me encuentro. . .  
 ¡No hay en ella ningún joven;  
 la ocupamos sólo viejos!

## X

¿Habéis visto alguna vez  
 cómo el cansado viajero  
 busca lugar apropiado  
 para reponer su aliento,  
 y lanzando hondo suspiro  
 mira con creciente anhelo

las distancias recorridas  
en prolongados senderos?

Así yo desde esta altura,  
donde templan aires frescos  
las fatigas del camino,  
recorro en mi pensamiento  
las jornadas que he avanzado  
en quince lustros que cuento.

Fué en mil ochocientos treinta,  
en el mes que es el más bello  
de los meses por sus flores,  
cuando hice al mundo mi ingreso,  
y mis primeros respiros  
fueron de aires toluqueños.

Mi infancia creció en la escuela  
y joven ya en un convento  
de frailes, sin serlo yo,  
cursé con sabios maestros  
el idioma de Virgilio.

De allí, en calidad de externo,  
hice mis preparatorios  
estudios en el colegio  
por el gobierno fundado  
en el Estado de Méjico.

Abordé la capital  
al perder mi hogar paterno,  
y pude en el Seminario  
alcanzar con poco esfuerzo

un lugar, y allí cursé  
con infatigable empeño,  
de las ciencias eclesiásticas  
las bastantes á mi intento.

Conté doctos catedráticos,  
hombres de ciencia y consejo,  
que en saber fueron lumbreras  
y en virtud claros ejemplos.

Vistieron mi alma de luces  
y la llevaron al puerto  
de la vida espiritual,  
que es la vida de los buenos.

## XI

A los pies de un noble anciano,  
sabio de mucho provecho,  
ilustre Dr. D. Lázaro  
de la Garza y Ballesteros,  
Arzobispo inolvidable  
de la capital de Méjico,  
recibí Prima Tonsura,  
y las cuatro que el derecho  
titula Ordenes Menores.

Aunque con avance lento  
pasaron los intersticios  
y recibí satisfecho  
las dos Ordenes siguientes.

Faltaba el grado tercero  
que al fin vino á realizar  
mis juveniles ensueños.

Era una hermosa mañana  
perfumada con los besos  
de flores del mes de Mayo  
del año mil ochocientos  
cincuenta y cuatro, y fué entonces  
que el mismo Prelado egregio,  
bajo una lluvia de gracias  
y divinos privilegios,  
me confirió el sacerdocio,  
que cual un astro de fuego  
dejó en mi alma su retrato  
y su calor en mi pecho.

Después. . . mi primera misa,  
divino acontecimiento,  
beatificación gloriosa,  
semejante á la que vieron  
en el Tabor asombrados  
Jacobo, Juan y San Pedro.

Todo aquí escapa á lo humano,  
se suspende el pensamiento,  
la conciencia se anonada,  
lo absorbe todo el silencio,  
plega sus alas la vida,  
la fe enralece sus velos  
y Jesucristo aparece

sobre el altar repartiendo  
á las almas los tesoros  
de sus infinitos méritos.

Yo descendí del altar  
dando golpes en mi pecho;  
me confesé pecador  
como el centurión Cornelio  
al descender del Calvario,  
y como él fuí repitiendo:  
Era el que posó en mis manos  
de Dios Hijo verdadero.

## XII

Esto pasó siendo joven,  
su huella queda muy lejos;  
cincuenta años de fatigas  
en difícil ministerio.

Treinta años he sido Cura,  
en la sierra algunos de ellos,  
donde por lo laborioso  
solía duplicarse el tiempo.  
Serán doce mil bautizos  
los que conferidos llevo.

Las confesiones de sanos,  
sin las siete mil de enfermos,  
pasan de veintiocho mil.

Misas, más bien más que menos  
veinte mil he celebrado.

A quince mil los entierros  
sin duda aborda el guarismo.

Sermones tres mil doscientos  
hasta hoy llevo predicados.

Y serán, como todo esto,  
en aproximada suma,  
cinco mil los casamientos,  
autorizados por mí  
en un lapso tan extenso.

Y como poco después  
de mi delicioso acceso  
á los altares triunfó  
el Plan de Ayutla funesto,  
mi carrera fué penosa  
y salpicada de riesgos  
por los partidos que á muerte  
sostenían terrible duelo.

Ni en el idioma hay palabras,  
ni tintas en el espectro  
para pintar con colores  
los hórridos sufrimientos  
que en esa época macabra  
tiranizaron al clero,  
singularmente á los curas  
de poblados indefensos.

Humillaciones, despojos  
con la burla de reintegro,  
amenazas insolentes  
de matones guerrilleros;  
pernoctar en los barrancos  
sin disponer de alimentos;  
vagar errantes en montes  
y á pie atravesar desiertos;  
todo esto se hizo vulgar  
por ser de cada momento.

Pero á veces la borrasca  
multiplicaba sus truenos,  
agigantaba sus olas  
y se producían siniestros.

Entonces perdí un hermano,  
cuya muerte hasta hoy lamento;  
sin piedad lo asesinaron  
criminales bandoleros.

Y aunque tamaña desgracia  
me sumió en dolor intenso  
Dios me infundió fortaleza  
y no abandoné mi puesto.

Antes bien seguí el camino  
de esforzados compañeros  
que en el púlpito y la prensa  
á la impiedad combatieron.

Y cuando recio ciclón

derribaba monasterios,  
la integridad de costumbres  
sostuvimos con denuedo.

Y cuando el orden social  
vino abajo con estruendo  
y nuestras voces de alerta  
ya no escucharon los pueblos,  
porque entre ellos y nosotros  
aleves interpusieron  
los odiosos jacobinos  
las cárceles y destierros,  
y hasta el hacha del verdugo  
reflejando en nuestros cuellos,  
acudimos al baluarte  
inaccesible del fuero  
interior de la conciencia,  
donde con ingente celo  
cuidamos no se apagara  
de la fe el sagrado fuego.

## XIII

Al ver hoy la diferencia  
de tiempos y los progresos  
esplendorosos del culto  
me he preguntado en secreto:  
¿Algunos de estos hermosos  
y deslumbrantes incendios

serán acaso expansiones  
agrupadas en los templos,  
de las chispas que mis manos  
en otra época escondieron?

¡Pero á dónde me conduce  
la lógica de los hechos!  
¿Intento acaso pintar  
gráficamente mis méritos?

Lo que intento es orientarme  
y por ende con el dedo  
en el mapa de mi vida  
voy marcando el derrotero  
que han recorrido mis años;  
y con tan sencillo método  
he llegado felizmente  
á la fecha de mi objeto.

## XIV

Como en la estación de Otoño  
anuncia el planeta Véspero  
el crepúsculo de Ocaso  
y sus matices risueños,  
así el veintiséis de Julio  
del año mil novecientos  
cuatro, pregona á mis puertas,  
que mi festival postrero

está próximo á brotar,  
como suele en el desierto  
brotar solitaria flor.

Con este anuncio dispuesto  
fuíme á un jardín primoroso,  
elegante cementerio  
de la Colonia Francesa,  
en cuyo florido centro  
yérguese hermosa capilla  
gótica de estilo esbelto,  
que por bella es el encanto  
de nativos y extranjeros.

Y por ser su capellán  
con la autoridad que tengo  
dispuse un altar sencillo  
y en él, con recogimiento,  
presidido de diez lustros  
cual de misteriosos genios,  
celebré misa rezada  
de carácter tan modesto,  
que, á excepción de ayudante,  
no hubo otro acompañamiento.

Y con todo, de mi misa  
primera fué el quincuagésimo  
aniversario, que humilde  
en la forma, fué opulento  
en el fondo de su esencia,  
por ser raro privilegio,

tan raro que apenas uno  
entre mil logra este evento.

Pude engrandecer la forma,  
no carezco de elementos  
para haberla abrigado;  
no lo quise porque entiendo  
que á Dios agrada lo humilde  
y displace lo soberbio. . . .

Aquí surco nuevos mares,  
en cuyas aguas encuentro  
un escollo, y naufragar  
me temo, si en él tropiezo.

## XV

La gratitud exaltada  
con descomunal empeño  
agolpa en mi corazón  
apremiantes mensajeros.

¿Mas cómo podré llenar  
el profundo y ancho hueco  
que tan excelsos favores  
vienen cabando en mi pecho  
desde el orto de mi vida?

Tuve existencia en un género  
superior, como el humano,  
cuando Dios en subalterno

orden pudo darme el ser,  
ó haberme dejado incierto  
en las sombras de la nada.

Sin limitarse á solo esto  
se desbordaron sus gracias  
y me disgregó de un medio  
donde pululaban focos  
de jacobinismo infectos.

Y prefiriéndome á muchos  
me eligió por modo espléndido  
sacerdote de su casa  
y de sus mieses obrero.

Pero lo que más me abrumba  
y fatiga con su peso  
son esos largos diez lustros  
que sin ser yo un útil siervo  
el Señor me ha conservado  
de operario en su viñedo.

Y esto excluyendo á no pocos  
sacerdotes de alto mérito  
que en su edad más floreciente  
enfermaron y murieron;  
y siendo yo pecador  
más grande que todos ellos  
me ha permitido las glorias  
cantar de mi Jubileo;  
y con salud y vigor,  
que gracias á Dios conservo,

cuando viejos de mi edad  
á esta altura son decrepitos.

Yo me siento avergonzado  
de no poder como quiero  
expresar á un Dios tan grande  
un gran agradecimiento.

En conflicto tan penoso  
busco un refugio y apelo  
á los ángeles y santos,  
á los justos y á los buenos,  
á mis parientes y amigos  
y á las personas que fueron  
mis queridos feligreses;  
á todos por mí les ruego  
eleven acción de gracias,  
mientras yo en el duro suelo  
postrado profundamente  
ofrezco á Dios. . . . ¡mi silencio!

A. M. D. G.

00